

El fútbol recuerda a un gran hombre y deportista



Miera: «Era como un reloj de precisión que sabes que no te falla»

El técnico dice que «no le importaba que, a veces, el protagonismo se lo llevara Quini»

Gijón, J. M. FELGUEROSO
Vicente Miera coincidió con Jesús Castro en el Sporting, primero como futbolista y posteriormente como su entrenador. Miera, que hoy estará en el homenaje póstumo que se celebrará en El Molinón, tiene un recuerdo magnífico de él: «Primero, como compañero de equipo. Eran los tiempos en los que comenzaba, siendo todavía un chaval. Se ponía muy colorado cuando le ovacionaban, de ahí que le pusiésemos el apodo de "Manzanón"».

El técnico santanderino recuerda que «tras realizar grandes intervenciones y cuando le felicitaban, comentaba que eso era lo que tenía que hacer y que estaba para parar los balones».

Posteriormente Miera lo tuvo a sus órdenes durante cinco años, en los que fue siempre el portero titular: «Era como un reloj de precisión, que sabes que siempre está a punto y que no debes preocuparte de él. No tenía ningún tipo de problemas con él».

«Era un portero muy regular y daba una gran seguridad al equipo»

Recuerda Miera que «siempre estaba muy concentrado y lo hacía todo muy sencillo. Era un portero muy regular y daba una

gran seguridad al equipo». El mayor problema que tenía era que «por su constitución le salían «michelines» en cuanto se descuidaba con la comida. Recuerdo que en aquellos tiempos se tardaba unas diez horas en hacer el viaje en autocar a Madrid, por lo que parabas tres o cuatro veces a desayunar, tomar un pincho y comer. Castro tan sólo tomaba algo en la comida; en las otras paradas, no tomaba nada. Se cuidaba mucho, para evitar los excesos de peso».

A pesar de que en algunos momentos se decía que llegó a jugar por ser hermano de Quini, Miera lo desmiente totalmente, «pues además a uno lo llamaban Castro y a otro Quini, por lo que la gente, al principio, no sabía que eran hermanos. Sabía que a veces el protagonismo era de su hermano pero, a pesar de ello, no le importaba. Fue uno de los jugadores que más tiempo ha estado en el Sporting».

Cree Miera que no tuvo el final en el fútbol que esperaba, «de ahí que, tras su retirada, dejase de ir. Hacía un gran seguimiento de la carrera de su hija como amazona, que es campeona de España. Coincidió varias veces con él, una vez retirado del fútbol, y era un hombre dedicado por completo a la familia. Su hija tiene caballos propios, que son muy buenos, y se pasaba muchas horas con ella. Era un gran chaval, como lo demuestra la manera como murió».

Cuando Miera volvió a coincidir con Jesús Castro, una vez



Vicente Miera.

retirado, no hablaba mucho de fútbol, porque «había terminado un tanto cansado de él. Sabía que su hijo podía seguir sus pasos como portero, ya que es lo lógico que el hijo siguiese los pasos del padre».

Para el ex técnico del Sporting, «el fútbol era su profesión y le gustaba. Pero aparte de ello también le gustaban otras cosas, como la naturaleza, de la que era un enamorado, lo mismo que de la caza. Eran sus grandes pasiones».

Miera conoció el fallecimiento de Jesús Castro «cuando me encontraba en Santander y no lo podía creer. Además, las primeras noticias eran un tanto confu-

sas, de que si era un antiguo portero del Sporting, pero sin concretar de qué época. Pero una vez que se conoció definitivamente la noticia, fue un gran mazazo para mí».

Reconoce Miera que la acción que hizo Jesús Castro y que motivó su muerte, intentar salvar a dos niños ingleses que se estaban ahogando, «es la de una persona de sentimientos nobles. No creo que fuese un gran nadador, pero ves a un muchacho en un apuro y vas a por él, a intentar salvarle. Eso te indica cómo era Jesús Castro como persona, con un gran corazón, y no dudó en poner en juego su vida para salvar a otras personas».

Una carrera marcada por 18 temporadas en el Sporting

Gijón

El homenaje a Jesús Castro, al margen de las circunstancias en que se produjo su muerte, servirá de reconocimiento para un futbolista que tiene una marca difícil de igualar: 18 temporadas de permanencia en el Sporting, desde la 1967-68 hasta la de 1984-85, en la que se retiró debido a una lesión de espalda.

Jesús Antonio Castro González había nacido en Oviedo el 23 de enero de 1951. Fue el segundo de los hermanos de una familia que ya había tenido vinculación con el fútbol por el padre, y que se mantendría con el propio Jesús, Enrique (Quini) y Rafael (Falo). Jesús empezó a destacar como guardameta en el colegio de los Salesianos y a los 15 años pasó al Bosco Ensidesa.

Con 17 años fichó por el Sporting, y un mes después, aún en edad juvenil, debutó con el primer equipo, frente al Celta, en Vigo, en partido de Segunda División. Era el 14 de abril de 1968. En 1969 se proclamó subcampeón de España juvenil con la selección asturiana que dirigía Enrique Casas. Ese mismo año debutó con la selección española de la categoría.

Castro se afianzó como titular del Sporting en la temporada 1969-70, que supuso el ascenso a Primera División, con Carriega como entrenador. Una alineación habitual de aquella campaña estaba formada por: Castro; Echevarría, Alonso, Herrero I o Uribe; Puente, José Manuel; Herrero II, Quini, Marañón, Valdés y Churruca. Castro fue un ejemplo de regularidad y mantuvo la titularidad con entrenadores como Sinibaldi, Miguel Moreno, Miera y Novoa.

El final

La recta final de su carrera deportiva comenzó en 1983, debido a una lesión de espalda, una hernia discal de la que fue operado en Barcelona. Castro siguió en el Sporting hasta el 30 de junio de 1985, cuando finalizó su contrato. En aquella época surgieron algunas discrepancias entre el jugador y la directiva presidida por Vega-Arango, por el deseo de Castro de realizar la operación en Barcelona.

Jesús Castro fue uno de los primeros futbolistas españoles que logró una pensión vitalicia por incapacidad laboral, fijada en 87.375 pesetas al mes. El recurso ante la Seguridad Social fue llevado por Herrero II, abogado y que había sido compañero suyo en el Sporting. En las 18 temporadas en el Sporting, Castro jugó un total de 465 partidos (416 de Liga, 41 de Copa y 8 de Copa de la UEFA).

Castro estaba casado con Blanca Pérez, con la que había tenido tres hijos: Yoana, de 16 años; Jesús, de 13, y Daniel, de 8. El segundo de ellos, Jesús, defenderá hoy la puerta del Sporting en los primeros minutos.

Castro

LUIS MEANA

La hipercrítica afición del sagrado estadio de El Molinón lo llamaba cariñosamente «El Maizón», nombre de resonancias antiguas en la historia del Sporting. Supongo que el apodo vendría porque, a los ojos de esa afición de Gijón, Castro resultaba tan espigado y desgarbado como el maíz. Que a un portero le llamen «El Maizón», y no cosas tan míticas como «La Araña Negra», «El Chopo», «El Gato», o semejanzas así, eso ya dice todo lo que hay que decir, a saber, que en este hombre el ser era mucho más grande que el parecer.

Es imposible saber qué impulsó a un hombre a jugarse la vida por otro. Pero, desde aquel segundo fatídico de un lugar de Santander, de cuyo nombre no quiero acordarme, mi impresión fue que así sólo muere un portero, es decir, aquel que lleva den-

tro de sí el etos ciego del cancerbero: ese resorte mecánico y fatídico que le lleva a tirarse instintivamente —a la hierba o a la mar— sin calcular riesgos ni peligros. El portero está en la portería precisamente para evitar que pase lo que nunca debe pasar: la fatalidad, el gol. El portero lleva en sí, por oficio y por psicología, el mecanismo de la exageración: tiende siempre a hiperreaccionar. Precisamente porque quien está para evitar la fatalidad vive con una tensión muy particular, tiende a liberarse de ella mediante la hiperreacción. De ahí que se diga que están locos: no es que lo estén, pero quien tiene por oficio tirarse de cabeza al balón sin pensar, ha de tener algo excéntrico en la personalidad. Paradójicamente, Castro no tenía, como portero, ninguna excentricidad. Era entre los porteros lo que Manolete entre los toreros: el hombre sobrio y

cabal que nunca hacía palomitas en la plaza. Castro era el deber: el que siempre estaba donde tenía que estar, y el que siempre hacía lo que tenía que hacer. Y lo demás, después.

Pero dentro de ese resorte mecánico que hizo saltar a Jesús Castro en la maldita playa de Cantabria no está sólo el etos del portero, sino también el etos de una región en la que tirarse a salvar —en pozos, mares y minas— es casi un rito oficial. Castro no hizo más que lo que hacen, una y otra vez, esos emblemáticos mineros: tirarse a por el compañero. Castro es uno más de esos siderometalúrgicos premodernos que no saben ni de cálculos ni de riesgos y para los que el ser humano sigue siendo lo más importante de la Creación.

Queda otra curiosidad en la que nadie se ha parado a reparar. Como ya advierte la famosa frase latina, «nomen est omen»

(lo que, más o menos, quiere decir que el nombre anuncia ya lo que está por venir). Dice el diccionario de María Moliner que castro significa, en Asturias y en Cantabria, un peñasco que avanza hacia la mar. Con lo que ya está dicho todo. Jesús Castro estaba misteriosamente llamado a cumplir con su nombre: un peñasco gigante que se mete a la mar. Esa estirada le honra y le caracteriza, aunque a todos nosotros, y muy especialmente a los suyos, nos resulta muy cara de pagar. Pero el portero sólo ve el peligro y el balón. Nunca es calculador. En la hierba mítica del sagrado estadio de El Molinón está ya para siempre con nosotros. Para descansar en paz. Y para que cada vez que rueda, como hoy, un balón, el Sporting y Gijón recuerden el honor que le deben a aquel desgarbado chaval de Avilés, amigo anónimo de los desconocidos.